

EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Sábado 7 de Octubre de 1916

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAGO)

Año XVIII.—Núm. 1711

"Cristo vive, reina e impera"

EL AMIGO DEL OBRERO

FUNDADO EN HOMENAJE A CRISTO RECTOR
EL 1.º DE ENERO DE 1913
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Redacción y Administración:
MEROEDER, 947
Teléfono: La Uruguay 2187 (Central)
MONTEVIDEO

REDACTORES
D. LUIS P. LENGUAS
Y MIGUEL PEREA
SECRETARIOS DE REDACCION
JUAN NATALIO QUAGLIOTTI
HECTOR E. TOSAR ESTADES

CORRESPONDENTES:
En PARIS: François Vuillot.
En BRUXELLES: Max Turmann.

SUSCRIPCION

Capital, por mes \$ 0.20
Interior, semestre adelantado " 1.20
Exterior, semestre adelantado " 1.30

AVISOS

Pídanse precios a la Administración por avisos en 3.ª y 4.ª página, a una columna o más columnas, por centímetros de altura.
La Administración no aceptará cualquier aviso que se le presente: se reserva el derecho de rechazar los que crea convenientes.

EL AMIGO DEL OBRERO no admite publicaciones de redacción pagadas.

Agentes en todos los pueblos del interior.
Se reciben suscripciones en las casas parroquiales.

Administrador: Horacio Campodónico

Círculos Católicos de Obreros existentes en el país

Montevideo, calle Minas 1244 — La Unión — Villa Colón — Villa del Cerro — Paso del Molino — Guadalupe — Las Piedras — Pando — Salto — Mercedes — Fray Bentos — Minas — Durazno — Trinidad — Rocha — Paysandú — San José de Mayo — San Carlos — San Fructuoso — Nueva Helvecia — Treinta y Tres — Florida — Santa Lucía — Sarandí Grande — Santa Isabel — Rosario — Maldonado — Santa Rosa — Canelones — Rivera.

Oficina del Consejo Superior de los Círculos: Mercedes 947.

INDICADOR CRISTIANO

Sábado 7 — Ntra. Sra. del Rosario (Patrona del Rosario y Paysandú) — Stos. Sergio Marcelo mrs., Marcos, papa y Julia y Justina, vírgenes.

Domingo 8 — Stos. Demetrio, Nestor y Pedro. mrs., Brigida, vda. y Pelagia, penitente.

Lunes 9 — Stos. Dionisio Areopagita y Eleuterio.

Martes — Stos. Francisco de Borja, Luis Beltrán e Irene, virgen y mártir.

Orden de los Triduos para el año bisiesto de 1916

OCTUBRE

7, 8 y 9, en la Parroquia del Durazno.

10, 11 y 12, en la Parroquia del Carmen (Aguada).

13, 14 y 15, en el Santuario de María Auxiliadora (Villa Colón).

16, 17 y 18, en la Iglesia de San José (Salesas).

19, 20 y 21, en la Capilla de la Colonia del Porvenir (Paysandú).

22, 23 y 24, en la Parroquia de la Unión.

25, 26 y 27, en la Cripta de María Auxiliadora (Talleres de Don Bosco).

28, 29 y 30, en la Parroquia de Santa Rosa (Canelones).

31, en la Capilla de la Medalla Milagrosa (Vicentinas, Calle Reconquista).

NOVIEMBRE

1 y 2, en la Capilla de la Medalla Milagrosa (Vicentinas, Calle Reconquista).

3, 4 y 5, en la Capilla de la Inmaculada (Capuchinas, calle Guadalupe y Minas).

6, 7 y 8, en la Parroquia del Salto.

9, 10 y 11, en la Parroquia del Carmen (Córdón).

12, 13 y 14, en la Parroquia de Pando.

15, 16 y 17, en la Iglesia de San Antonio (Capuchinos).

18, 19 y 20, en la Parroquia del Sauce.

21, 22 y 23, en la Parroquia de Rocha.

Este periódico se imprime en la Imprenta Latina: Florida 1532

Instrucción sobre la unión de la Iglesia y el Estado

Nos el doctor don Ricardo Isasa, por la gracia de Dios, Obispo Titular de Anemurio, Administrador Apostólico de la Arquidiócesis de Montevideo y de las Diócesis sufragáneas de Salto y Melo, en Sede vacante.

Al Venerable Clero Secular y Regular, a las Comunidades Religiosas y a todos los fieles.

La proyectada supresión del artículo 5.º de la próxima reforma de la Constitución del año 1830, que nos dieron nuestros próceres de la independencia nacional, entraña, amados católicos, gravísimas consecuencias para la salvación de las almas, no menos que para la felicidad y porvenir de la Patria.

Los propósitos manifestados por algunos Constituyentes de separar la Iglesia y el Estado, nos obligan imperiosamente a levantar nuestra voz en cumplimiento del sagrado deber que tenemos de enseñar la verdad que nos ha sido impuesta por el Divino Maestro, cuando dijo a los Apóstoles, de quienes, aunque indignos, somos sus sucesores: "docete omnes gentes", enseñad a todas las naciones.

Si guardáramos silencio en esta hora angustiosa, haríamos traición a la misión de que, sin méritos, nos hallamos investidos, y también traicionaríamos a los sentimientos sagrados del patriotismo de que debemos daros ejemplo.

Que Dios nos dé la gracia de no perentener nunca al número de los pastores mudos de que se queja la Sagrada Escritura.

Desde nuestra Independencia hasta la fecha, nunca se ha puesto sobre el tapete de nuestro Parlamento cuestión más grave y trascendental, ni de más funestas consecuencias. ¿No lo veis? En correspondencia a los progresos, bendiciones y engrandecimiento, con que Dios ha favorecido nuestra joven República, vamos a expulsar a Nuestro Señor Jesucristo de nuestras leyes y de nuestra sociedad, emancipándonos de su Iglesia, que como dijo San Pablo a Timoteo (1.º, III, 15) es la columna y "fundamento de la verdad".

No hay mal y desgracia comparable a la de querer cambiar a Jesucristo por Belial y su moral divina por la humana.

En estos momentos dolorosísimos os dirigimos nuestra palabra sin mirar políticas, ni mezquinos intereses; sólo respondemos al cumplimiento del deber y a la defensa de los derechos de la Iglesia, que se quiere sacrificar, sin razón alguna, sólo por complacer, sobre la mayoría católica de nuestro censo, a un corto número de uruguayos.

No sólo buscamos el bien de las almas e intereses que nos han sido encomendados y de los que hemos de dar cuenta ante el Tribunal Divino, sino, inspirados en el amor de la Patria, procuramos su felicidad en cuanto nos corresponde, para que así como en beneficio unión con la Iglesia, juntos concurrieron a la conquista de nuestra anhelada y gloriosa Independencia, así prosigan siempre unidos los dos poderes. En esa benéfica unión los dos poderes han venido trabajando de consuno por la prosperidad de los ciudadanos en su mayoría católicos, como antes dijimos, unión que en el porvenir como en el pasado no podrá ser sino de grandísima ventaja a la misma nación.

Nos anima la esperanza de que nuestros constituyentes al considerar el abismo de males morales a cuyo borde colocarían a la República con la anunciada separación de la Iglesia y el Estado y la responsabilidad que contraerán hoy, que tendrán mañana ante la historia y eternamente ante Dios, detendrán sus propósitos separatistas ante las fatales consecuencias que por la fuerza misma de los acontecimientos se habrían de producir.

Durante cerca de un siglo nos ha regido políticamente, sin alteraciones en su texto, la Constitución sancionada por la República Oriental del Uruguay en el año de 1830. Los mismos hombres que mediante el esfuerzo de sus pechos y con los hechos de sus armas nos alzaron al rango de nación independiente, se sentaron entonces a cimentar la obra como legisladores para la paz y el bienestar. Con tranquila confianza en Dios y en la cordura ulterior de los ciudadanos, nuestros próceres pusieron, a modo de granítico cimiento de toda la institución política que fundaron, la hermosa declaración del artículo 5.º que dice: "Religión de este Estado la Católica, Apostólica, Romana y exigieron que los Jefes del Poder Ejecutivo, como los Legisladores de ambas Cámaras no entrasen al ejercicio de sus respectivas funciones de gobierno, sin previa prestación de un juramento, por Dios y por los Santos Evangelios, de cumplir la Constitución y de servir a los intereses públicos en conformidad con los propósitos de ésta.

Todos vosotros sabéis, que sin embargo de esto, así como en el orden político los disturbios han ensangrentado tantas veces los hermosos campos de la patria, así también la paz de las conciencias católicas ha sido hondamente perturbada en multitud de ocasiones. Sin contar los innumerables actos de hostilidad a las personas y a los símbolos de la religión, hasta proscriptos los que absolutos de los hospitales y asilos, que debieron su origen a la cálida piedad cristiana antes de ser convertidos en

establecimientos de la fría beneficencia oficial, ahí están sangrando las conciencias bajo la acción de leyes que, como la del llamado matrimonio civil y la del divorcio absoluto, importan en el orden institucional las más radicales negaciones del principio cristiano en la constitución de la familia.

Llega ahora el momento en que, después de tantos intentos para reformar el texto de nuestra Constitución política, se halla eleada y próxima a reunirse la Convención Nacional que ha de efectuar la reforma. Este momento ha provocado las incertidumbres y las espectativas de una crisis, tanto en lo político como en lo religioso, en razón de los trascendentes cambios anunciados y bajo cuyo programa ha sido llevada a término la tarea electoral de donde fluye la convención reformadora.

No extrañéis pues, que en días de tan angustiosa expectativa, unido por las solicitudes de mi cargo pastoral, intente llevar a los espíritus del clero y pueblo fiel de la Arquidiócesis, la palabra de verdad, de cristiano aliento de firme esperanza que en ocasiones semejantes, han llevado a su respectiva grey todos los prelados católicos.

I

"En una tesis absolutamente falsa y perniciosísima error la de que haya conveniencia en separar a la Iglesia del Estado". Así os diré, con la palabra misma de su Santidad Pío X, en su encíclica "Vehementer" del 11 de Febrero de 1906 al encarnado de Francia, con ocasión de la ley de separación allí dictada.

En primer término como fundada en el principio de que el Estado no debe cuidarse de la religión, es gravemente injuriosa para Dios; pues El es, al creador del hombre como fundador de la sociedad humana; y no sólo es de necesidad tribunario en la privación de la vida eterna, sino también culto público.

"Esta tesis trastorna también el orden sabiamente establecido por Dios en la disposición de las cosas humanas, en la cual exige armonía y concordancia entre ambas potestades. Las dos sociedades, religiosa y civil, tienen por súbditos a las mismas personas, y aunque cada una ejerza sobre ellos su respectiva autoridad dentro de una esfera de acción propia, forzosamente han de ocurrir muchas causas de conocimiento y solución común. Si pues viene a desaparecer toda coincidencia del Estado con la Iglesia, fácilmente pulularán en esas "materias los gérmenes de contiendas, amargas de una y de otra parte, que perturben las nociones de la verdad, con grandes angustias de los espíritus."

"Por fin, esta tesis induce gravísimo detrimento a la misma sociedad civil, ya que ella no puede prosperar ni disfrutar de estabilidad cuando es menospreciada la religión, esa regla suprema y maestra que enseña a tutelar santamente los derechos y los deberes de todos."

El Papa Pío X no hacía en esto sino reducir a las más breves palabras posibles con relación al caso concreto de la separatista ley francesa, la enseñanza amplia y magistralmente expuesta por León XIII en su Encíclica "Inmortale Dei" del día 1.º de Noviembre de 1885, que versa toda ella sobre la constitución cristiana de los estados.

"La razón y la naturaleza—ha escrito—en la edad de León XIII—que manda a cada uno de los hombres dar culto a Dios piadoso y santamente, porque estamos bajo su poder y de El hemos salido, y a El hemos de volver, estrecha con la misma ley a la comunidad civil. Los hombres no están menos sujetos al poder de Dios que los en sociedad que cada uno de por sí, no está la sociedad menos obligada que los particulares a dar gracias al Supremo Hacedor que la formó y compaginó, que provido la conserva y benéfico la prodiga innumerables multitudes de dádivas y afluencia de bienes inestimables. Por esta razón, así como no es lícito descuidar los propios deberes para con Dios, y el primero de éstos es profesar de palabra y de obra no la religión que a cada uno acomete, sino la que Dios manda y a cada uno obliga, así como no es irrecusable ser la única verdadera religión, de la misma suerte no pueden las sociedades políticas obrar en conciencia, como si Dios no existiera, ni volver la espalda a la religión como si les fuese extraña, ni mirarla como si les fuese inútil y embarazosa, ni en fin, otorgar indiferentemente carta de vecindad a los varios cultos; antes bien, y por lo contrario, tiene el estado político obligación de

admitir enteramente y abiertamente "profesar aquella ley y prácticas del culto divino que el mismo Dios ha demostrado que quiere."

Esta sana doctrina acerca de la confesión oficial de la religión y acerca de la necesidad vital para la sociedad de profesar un culto público, fué la base del artículo 5.º de nuestra Constitución política de 1830, porque la verdad es eterna y la historia demuestra que su conocimiento ha sido universal y antiquísimo. Recordad que ya el historiador Plutarco daba fe de que si bien podrían hallarse reuniones humanas sin arte, sin palacios, sin murallas de defensa, sin magistratura civil, y hasta sin moneda para instrumento de los cambios, no se hallaba una siquiera, en todo el mundo conocido entonces, que no reconociera dioses, y que no tuviese cultos y templos. Los tuvieron las tribus dispersadas, antes de construir las ciudades, los tuvieron éstas, antes de constituir las naciones; los tuvieron las naciones, antes de erigirse en imperios.

Del mismo sentir es Platón cuando dice:

"En toda República bien ordenada, el primer cuidado debe ser establecer en ella la verdadera Religión."

De los mismos filósofos más despreciables en religión, apenas habrá algunos que no la reconozcan al menos como un vínculo social indispensable y como un medio político de que no se puede prescindir.

"No se fundó jamás, dice Rousseau, un solo estado, al cual la Religión no sirviese de base."

Maquiavelo: "la religión es causa de la grandeza de los estados, así como el desprecio del culto divino es el origen de su ruina."

Lalande: "la religión es necesaria, aunque no fuese más que como un establecimiento político."

Espinosa: "mejor que el pueblo cumpla sus deberes por devoción que por temor."

Baile: "La sociedad no existe sin el vínculo de la religión, y jamás los súbditos son más obedientes que cuando al propósito interviene el ministerio de la divinidad."

Diderot: "La religión ha de ser la primera lección y la lección de todos los días."

Montesquieu: "Es de notarse que la religión que sólo se propone la felicidad de la otra vida, hace también la dicha de la presente."

Faume: "Buscad un pueblo sin religión; si lo halláis estad seguros que no se diferenciará mucho de las fieras."

Voltaire: "Filosofad cuanto queráis; pero si tenéis una aldea que gobernar, ésta debe profesar una religión; debe haberla dondequiera que hay sociedad."

Y para coronar esta reseña de filósofos y legisladores citaremos a Mirabeau y Napoleón.

El primero se expresa así: "confesamos a la faz de todas las naciones y de todos los siglos, que Dios es tan necesario a la Francia como a la libertad de los pueblos, y por esto plantamos la augusta señal de la cruz en la cima de todos los departamentos; no se nos impute a delito el haber quitado el último recurso para la defensa del orden público."

La experiencia de diez años, dice Napoleón, me ha enseñado ser necesaria una religión para el bienestar de todo gobierno, y la historia de diez y seis siglos me ha convencido que la religión católica es la única que convenga."

Y más preciosas aún son las memorables palabras del ilustre fundador de la nacionalidad norteamericana, Washington: "La religión y la moral son las bases del bien público, y en vano exigiría los elogios debidos al patriotismo quien intentase despreciar esos dos grandes apoyos de la felicidad humana, pero la razón y la experiencia no permiten lisonjearnos de que la moral pueda tener la fuerza que le es propia sin los principios religiosos."

Y un moderno autor que no es por cierto católico (1) reconoce que, "sin proselitismo religioso nunca habría existido civilización; sin un establecimiento religioso, asentado y reposado después de las conquistas, una civilización original y fuerte, es imposible."

Pero — según expresa el mismo Pontífice León XIII en su recordada encíclica — las dañosas y deplorables novedades promovidas en el siglo XVI, habiendo primeramente trastornado las cosas de la religión cristiana, por natural consecuencia vinieron a trastornar la filosofía, y por ésta todo el orden de la sociedad civil. De aquí como de su fuente, se derivaron aquellos modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del siglo XVIII, y propuestos como base y fundamento de un derecho nuevo, nunca jamás conocido y que disiente en muchas de sus partes, no solamente del derecho cristiano sino también del natural."

Dentro del derecho novísimo a que se refiere León XIII, y señalado por él, como he dicho, el principio inicial, que cada nación filosófica funda sobre diversos razonamientos, pero que todas ellas mantienen invariable, de ser la muchedumbre dueña y árbitra de sus propios destinos, fuente originaria y exclusiva de todo derecho, incluso el de la autoridad, erectora del Estado, exenta para con Dios de toda especie de deberes, siendo de puro arbitrio individual la profesión privada y pública de la religión o de la irreligión, y no incumbiéndole al Estado otra misión en esas ma-

terias, sino la de precaverse a sí propio contra los peligros de las exaltaciones de los particulares por razón de sus convicciones religiosas.

Así descendiende la religión de su excelso rango, en el orden civil, de maestra suprema de la virtud, guardadora de la moral privada y pública, fundamento insustituible de las buenas costumbres, a la categoría de sospechosa como posible elemento de perturbaciones civiles y políticas. Y con la religión descendiende al mismo rango la Iglesia, instituida por Jesucristo para la salvación de las almas en el orden individual y para mantener incómodos, en el orden social mismo, los principios sobre los cuales se asientan los deberes; la Iglesia que "al proponer los más eficaces motivos para vivir honestamente, manda, no sólo huir lo malo, sino refrenar las pasiones en sus movimientos contrarios a la razón, aunque no lleguen a la obra." (2).

Este vivificante influjo de la enseñanza dogmática y moral de la Iglesia, lo sienten y lo confiesan en momentos de sinceridad, aun los hombres más irreligiosos. Y a este propósito entre los millares que pudieran invocarse, ninguno acaso más decisivo por su origen y por su misma contundencia, que estas palabras de Mr. Taine, a pesar de la identidad injusta en que coloca al catolicismo con las demás confesiones cristianas:

"Hoy, al cabo de diez y ocho siglos, en ambos continentes, desde los montes Urales a las Montañas Rocosas, en los Moujiks rusos y en los Settlers americanos, el cristianismo opera como entre los artesanos de la Galla, y del mismo modo, en sentido de substituir al amor de sí mismo el amor de los demás. Ni su substancia ni su empleo han cambiado; bajo su envoltura griega, católica o protestante, todavía es para 400 millones de criaturas humanas el "órgano espiritual", el gran par de alas indispensables para alzar al hombre por cima de su vida en arrastre y de sus limitados horizontes, para conducirle a través de la paciencia, la resignación y la esperanza, hasta la serenidad; para conducirle más allá de la esperanza, de la pureza y de la bondad, hasta la abnegación y el sacrificio. Siempre y en todo lugar desde mil ochocientos años ha, tan pronto como esas alas desfilan, o se las quiebra, las costumbres públicas o privadas se degradan. No hay sino él para contentarlos en la pendiente fatal, para detener el resbalamiento insensible por el cual y con todo su peso original nuestra raza retrograda hacia sus bajos fondos, y el viejo Evangelio sea cual fuese su presente envoltura, es todavía hoy el mejor auxiliar del instinto social." (3).

En confirmación de la doctrina que vamos exponiendo. Nos ha parecido bien el insertar aquí algunos párrafos del opúsculo: "La Iglesia y el Estado" de nuestro inolvidable Arzobispo Monsenor Soler:

"Y ¿quién pondrá en duda la necesidad de afianzar sólidamente en los pueblos el principio religioso, cual condición indispensable para la sociabilidad como afirmara el filósofo romano? Un pueblo sin religión, como desgraciadamente lo atestiguan la historia, se sumerge en la corrupción y retrocede al estado salvaje; quitar la religión es mas aún, es organizar la peor de las barbaries. Da nada valen sin religión el precario progreso de las luces, de las ciencias y de las artes, porque hemos aprendido a la luz de la historia, para nunca olvidarlo, que la cultura sin las buenas costumbres, el ingenio, el talento sin religión, lejos de ser el sosten de los Estados, causan su ruina y llegan a ser más funestos que la más estúpida ignorancia. Del sistema racionalista en religión han renacido el socialismo, la internacional, la Comuna, que están conturbando a los pueblos civilizados, cual hordas salvajes empujadas sobre las naciones para tremendos castigos."

"La religión no es solamente cuestión individual, mas también social y política al mismo tiempo Social porque no puede ponerse en duda, ni por un momento, cuanto influye en la suerte de las sociedades humanas, ya coadyuvando poderosamente a su desarrollo, perfección y prosperidad, o bien, por el contrario, siendo causa del estancamiento, el retroceso y la barbarie."

"De lo primero pueden servir de ejemplo los pueblos europeos y americanos que, bajo la égida protectora del cristianismo, han alcanzado el más alto grado de civilización, en términos que hoy es lo mismo decir pueblo cristiano que civilizado; de lo segundo, esas grandes naciones asiáticas, que sumidas en el paganismo o dominadas por el Mahometanismo, existen privadas de toda libertad y no dan un solo paso en el sentido de su mejoramiento."

"Es una verdad histórica: la religión es a la civilización, lo que la causa principal a sus efectos."

Mujeres Uruguayas

Pedid a vuestros esposos, a vuestros hijos, a vuestros padres y hermanos que nos acompañen a defender el artículo 5.º de la Constitución.

¡Hacedles ver que es lo único que a vosotras interesa en la vida pública, porque es lo único que puede tener influencia sobre los hogares de la Patria, que son en su inmensa mayoría, hogares cristianos y católicos.

Agredad vuestro esfuerzo en favor de la religión que os recibió al abrir los ojos, que ha santificado y sostenido vuestro hogar, que ha sido consuelo en vuestros dolores y que os dará tranquilidad y esperanza en el momento de la muerte.

LIGA DE DAMAS CATÓLICAS DEL URUGUAY

copado brasileño dirigido al pueblo una pastoral colectiva, en la que explicaba así los motivos de aquel documento:

"Cuando una noche tempestuosa tiende su velo sobre las aguas, el viejo pescador enciende un fuego de aviso en el más alto arrecife de la inhospitable costa; un fuego que no es, en verdad, uno de esos faros multicolores, prodigio de la industria que proyecte sus claridades a lo lejos sobre los solitarios mares, un fuego modesto, apenas suficiente para indicar el puerto de salud a los seres queridos que navegan en esas horas silenciosas y temibles. ¡Haremos — decía ese Episcopado — como el modesto pescador; encendremos nuestro fuego precisamente en el paraje que más se presta para el naufragio y lo encenderemos con amor; por amor a los que gobiernan y por amor a los que son gobernados, a fin de que la patria no se convierta en tierra maldita por Dios, nación que El quiebra como quiebra su arcilla el alfarero; a fin de que nuestra patria no sirva para demostrarle al mundo, una vez más en la historia, cómo cae y perece miserablemente un pueblo incrédulo, un pueblo en el cual han sido proscritos el respeto y el culto a lo divino. (4)

Os dejo, pues, clero y fieles amados, alzado en el más alto arrecife de la costa, marcando el escollo y prevenciéndolos contra él, la modesta luminaria de esta palabra pastoral que os dirijo con amor.

II

Muchos y muy grandes agravios han sido inferidos a la religión católica, a Nuestro Señor Jesucristo, en el Santo Símbolo de la Cruz, a las personas de uno y de otro clero, a las almas de los niños y adolescentes en una enseñanza oficial que a título de prescindiendo y neutra, ha estado impregnada años y años de un sectarismo positivista, y de una tenaz hostilidad a Jesucristo y a su Iglesia.

Mientras que ha subsistido, en medio y en frente de todo eso, el texto constitucional de nuestro artículo 5.º, ese texto clamaba sin embargo en altísimo silencio, como voz augusta de los fundadores de la nacionalidad en contra de los atropellos ideados y consumados. Hemos sufrido un estado de vida anticristiano y una legislación que en gran parte es también anticristiana. Pero sabemos que, con nosotros y a par nuestro, padecían también esas violencias la misma Constitución del Estado, regla suprema de las leyes en el orden político, la cual, tarde o temprano, con paciencia y acción persistente, concluye por prevalecer. Podíamos esperar y ser pacientes.

El mal que, como católicos y como ciudadanos, sufríamos ahora con la supresión del artículo 5.º de la actual Constitución, no es por lo tanto mal imaginario; el alejamiento toda esperanza de reparación por lo pasado y nos arrojaría de lleno en las más angustias incertidumbres para el porvenir; el molesto clamor de la Constitución ultrajada, habría cesado de sonar.

Cuanto militan pues dentro de las filas de la Iglesia Católica; cuantos somos fieles a los santos deberes de nuestro bautismo en la fe; aun los que profesan esta tibieza, pero que llamados a las declaraciones personales del censo se han profesado católicos, estamos en el deber de reclamar ante la Convención Nacional, por un deber de ciudadanos en inmensa mayoría dentro de la nación, que la declaración de 1830 sea mantenida en la Constitución proyectada.

Como Obispo y como ciudadano oriental os lo declaro así; como Administrador de la Arquidiócesis os digo a vosotros, los simples ciudadanos, que esa actividad de petición la debéis ejercer ante los convencionales.

Pero también a los convencionales puede y debe llevar un Obispo la palabra de la verdad.

De ellos, muchísimos figuran entre aquellos que, han tenido a honra declararse católicos en las operaciones del censo nacional. Presumo que haya también entre los convencionales personas que tengan la desgracia de haberse censado con una manifestación, respecto de sí mismas, distinta o contraria a la católica. A los primeros por un doble título, el de su propia fe religiosa, y el de justicia legal, con que están obligados a ejercer en función pública, les incumba el deber de mantener el artículo 5.º de la vieja Constitución, bajo cuyo texto se cimentó la naciona-

an á cual más el ácierto del nombramiento; mientras Leonardo, hondamen-